

El neoliberalismo y la crisis de la democracia

Henry A. Giroux *

La ideología imperante en las últimas décadas pretende subordinar todas las instancias de la vida a las leyes del mercado. La reflexión crítica y la acción social son indispensables para hacer realidad el lema de que “otro mundo es posible”.

“Si en 1945 o 1950 usted hubiera propuesto seriamente alguna de las ideas y políticas que aparecen hoy en el repertorio habitual de los neoliberales, muchos se hubieran reído a carcajadas o lo hubieran enviado a un manicomio... La idea de que el mercado podía tomar la mayoría de las decisiones sociales y políticas; la idea de que el Estado debe reducir voluntariamente su rol en la economía o que se le debe dar a las corporaciones libertad total, limitar el poder de los sindicatos y que a los ciudadanos se les debe dar cada vez menos protección social, tales ideas eran profundamente extrañas al espíritu de ese tiempo.”

Susan George

El mundo está presenciando la más virulenta y brutal forma de capitalismo de mercado. Se lo llama *capitalismo neoliberal* y se ha ido profundizando durante los últimos treinta años. Por otro lado, también se está asistiendo a “una nueva ola de activismo político que tiene en común la simple idea de que el capitalismo ha ido demasiado lejos” (Harding, 2004).

Unido a la creencia de que el mercado debe ser el principio rector de todas las decisiones políticas, sociales y económicas, el neoliberalismo está empeñado en librar un ataque constante a la democracia, el bien común y los valores que todavía no se han mercantilizado. Con el neoliberalismo todo está a la venta o ha sido saqueado para lograr alguna forma de lucro. Los espacios públicos han sido expropiados por compañías de loteo de tierras y por grupos de terratenientes; los políticos han ofrecido gratuitamente, y a precio vil, las frecuencias que se utilizan para las telecomunicaciones a poderosas compañías y a enormes intereses corporativos, amenazando la seguridad pública; grandes empresas como Halliburton¹ logran beneficios escandalosos al firmar contratos con el Estado sin licitaciones competitivas y así se sigue defraudando al gobierno y al pueblo norteamericano en millones de dólares. El medio ambiente se ha

¹ Halliburton es una vasta corporación que provee servicios y productos industriales a las empresas petroleras y de gas, y que fue presidida por Dick Cheney, actual vicepresidente de los EEUU. Esta conexión le ha permitido ser contratista privilegiado del Estado desde los tiempos de Bush (p). Actualmente *ha ganado* buena parte de los contratos para la reconstrucción de Irak. [N. de T.]

degradado y dañado por el fomento de ingentes negocios que han sido posibles por la promulgación de leyes que el Congreso aprobó. Los servicios públicos se han deteriorado con el objeto de bajar los impuestos de las grandes corporaciones y, en las escuelas que se han transformado en algo parecido a *shoppings* o cárceles, los docentes forzados a conseguir recursos adoptando valores del mercado funcionan cada vez más como vendedores ambulantes pregonando las ventajas de asistir a *pizza parties* o ferias de venta de baratijas; esto es cuando no se deben reducir a preparar estudiantes para aprobar “pruebas estandarizadas de evaluación de calidad”.

Mientras las fuerzas del mercado son presentadas como las conductoras de vida cotidiana, el gobierno es calificado como incompetente o atentatorio contra las libertades individuales. La noción de ciudadanía se ha ido transformando en función del consumismo y la política ha sido reestructurada en tanto que las “corporaciones se han liberado del control de la sociedad mediante la desregulación, la privatización y otras medidas neoliberales” (Tabb, 2003, 153).

Las corporaciones diseñan no solamente la esfera económica, sino también otras políticas sectoriales y el ámbito de lo legislativo, limitando la influencia de la oposición. Este hecho afecta especialmente el sistema tributario que se ha transformado en crecientemente regresivo: las responsabilidades impositivas de los ricos se han trasladado a los sectores medios y a la clase trabajadora pobre de manera que la ganancia de las grandes empresas ha crecido de manera escandalosa (Collins y otros, 2004).

Durante el año fiscal 2002-2004 se recortaron impuestos por la suma de 197.300 millones que beneficiaron al 1% de los norteamericanos más ricos (familias con ingresos superiores a los 337.000 dólares al año) mientras los gobiernos estatales incrementaron sus impuestos para completar 200.000 millones del déficit presupuestario (Gonsalves, 2004).

Igualmente alarmante es un reciente estudio del Congreso que reveló que el 63% de las corporaciones no pagó impuestos en el año 2000, así como “seis de diez grandes empresas informaron no tener obligaciones impositivas durante cinco años, desde 1996 hasta 2000, aunque el hecho es que tuvieron ganancias récord durante el mismo período” (Woodard, 2004).

Afortunadamente, el *cuento de hadas* del neoliberalismo está siendo desafiado en todo el mundo por los estudiantes, las organizaciones de trabajadores, los intelectuales, los activistas comunitarios y un conjunto de individuos y grupos que no están dispuestos a que la democracia sea un objeto de compra-venta de los grandes grupos económicos multinacionales, de empresarios estafadores, de instituciones políticas internacionales y de aquellos políticos que se encolumnan con ellos. Desde Seattle hasta Génova,² mucha

² Seattle y Génova son las ciudades donde se han producido las manifestaciones antiglobalización más numerosas y violentas. Estas manifestaciones, que se iniciaron en la ciudad de Seattle, estado de Washignton (EEUU), ante la reunión del Grupo de los Siete (la agrupación de los países más ricos del planeta), continuaron en otras ciudades ante reuniones del mismo tipo. Se destaca Génova porque allí hubo un estudiante muerto por la represión. [N. de T.]

gente se ha comprometido en proyectos de resistencia popular al neoliberalismo en situaciones mundiales, nacionales y locales.

La cultura política hoy es global y la oposición cobra nuevas formas, conectando estudiantes con trabajadores, docentes con padres e intelectuales con artistas. Grupos que protestan ante el ataque a campesinos en la India, campesinos cuya tierra está siendo destruida por el gobierno se encuentran aliados con jóvenes que resisten en Nueva York ante el trabajo fabril en condiciones de esclavitud. Activistas ambientales se unen a grupos sindicales que protestan ante la injusticia de la deuda externa de los países del Tercer Mundo.

El neoliberalismo como cultura: militarización y nuevo discurso

El colapso de la Argentina, caso emblemático de aplicación de políticas neoliberales, así como la aparición de numerosas bancarrotas y escándalos (notablemente se incluye el caso Enron), revela el rotundo fracaso de la hegemonía y dominación del proyecto neoliberal en el mundo. Las múltiples formas de resistencia no se limitan a la defensa de particulares derechos e intereses. Por el contrario, la política por la identidad se afirma en el marco de una crisis más amplia que es la de la política cultural y la democracia. Esta crisis, que surge al colapsar el Estado benefactor, consiste en un ataque a las libertades ciudadanas y en la militarización de la vida pública. Los movimientos de resistencia consideran así que el neoliberalismo debe entenderse dentro de un programa mayor que incluye una visión del mundo, un significado de la vida, una forma de hacer política y una educación acorde.

Desde este punto de vista, la democracia no se limita a la lucha contra el poder económico, en realidad también incluye la creación de esferas públicas donde los individuos puedan ser educados como agentes políticos con las destrezas, capacidades y conocimientos necesarios para actuar con autonomía.

Quisiera ampliar los alcances de este debate señalando que cualquier lucha contra el neoliberalismo debe dirigirse al discurso de lo político, a la educación cívica y a la política cultural como parte de una lucha más amplia sobre la relación entre la democratización (la lucha actual por una democracia sustantiva e inclusiva) y la esfera pública global.

Estamos viviendo un tiempo en el que el entrecruzamiento de los intereses privados, la construcción del imperio y el fundamentalismo evangélico ponen en cuestión, si no la existencia, la naturaleza de la democracia.

Bajo el reino del neoliberalismo, el capital y la riqueza se han distribuido hacia los sectores más privilegiados, mientras las virtudes cívicas se han visto socavadas en la celebración abyecta del libre mercado como modelo para organizar todos los aspectos de la vida (Henwood, 2003). Las políticas culturales se han despolitizado en tanto la vida colectiva se organiza con el modelo de lo privatizado, lo desregulado y lo mercantilizado.

Cuando los campeones del neoliberalismo invocan la política, sustituyen “certeza ideológica por duda razonable” y despilfarran “las reservas nacionales de inteligencia política”³ al tiempo que apoyan la “ilusión de que el futuro puede ser comprado más que ganado” (Lapham, 2004, 9-11).

Lo que está en juego es el contrato social y su énfasis en el aumento de la riqueza pública y la expansión del sistema de previsión social –acceso a la salud, la vivienda, el empleo, el transporte público y la educación–. Este énfasis provee, por lo menos, una importante red de seguridad para todos y un conjunto de condiciones en las que la democracia puede ser experimentada y los ciudadanos pueden comprometerse críticamente.

La política se ha despolitizado en aras de un plan antiterrorista, a cargo de la administración Bush, que imita el terrorismo que dice eliminar. Este plan, que incluye el antiterrorismo en todos los aspectos de la vida, se agota en un discurso de valores morales absolutos y actos públicos de denuncia, y anula la política del ámbito del poder del Estado. También hace trizas a la comunidad que vive valores democráticos definiendo a estos como “hábitos mentales corruptos que todavía persisten entre nosotros en algún lugar” (Valentine, 2004), como dice Michael Leeden, un antiguo experto antiterrorista de la época de Reagan.

La apelación a valores morales absolutos y la constante promoción de tiempos de emergencia construyen una cultura del miedo que configura la política en términos religiosos. Esta concepción esconde los enredos entre ideologías particulares y diversas relaciones de poder. La política se vuelve vacía al reducirse a obedecer órdenes, poniendo en ridículo a quienes denuncian las relaciones de poder y callando toda forma legítima de disenso.

El terror, que se sustenta en valores maniqueos, encuentra expresión en el racismo que considera a árabes y musulmanes como menos civilizados o en hechos tales como la violación de derechos humanos en la prisión de Abu Ghraib en Irak, llevada a cabo por soldados norteamericanos y contratistas privados (que están *reconstruyendo* Irak), aprobada en los más altos niveles del gobierno. La militarización del espacio público en nuestro país contribuye a la reducción de la vida comunitaria, la creciente eliminación del disenso y, como dice Anthony Lewis (2002), un aumento del poder político concentrado que amenaza los cimientos de la democracia en los Estados Unidos.

El autoritarismo crece al mismo tiempo que la cultura política está siendo reemplazada por una concepción de seguridad nacional basada en el miedo, la vigilancia y el control. Estas nociones sustituyen la cultura de la responsabilidad compartida y el cuestionamiento crítico. La militarización ya no es simplemente el brazo armado de la política exterior, se ha convertido en el principio básico para el cambio social en el país.

Catherine Lutz (2002) rescata los múltiples registros y los complejos procesos de la militarización que han conformado ampliamente la vida social durante el siglo XX.

³ * Es decir, sus niños y jóvenes. [N. de T.]

Por militarización quiero decir una intensificación del trabajo y los recursos asignados a propósitos militares, incluyendo la transformación de otras instituciones en sincronía con los objetivos militares. La militarización es, al mismo tiempo, un proceso discursivo que cambia las creencias y los valores sociales en formas que son necesarias para legitimar el uso de la fuerza, la organización de cuerpos armados que puedan permanecer largo tiempo en el frente y el aumento de los impuestos para pagar toda esa organización. La militarización está profundamente relacionada no sólo con el aumento del tamaño de los ejércitos y el resurgir de fundamentalismos militantes, sino también con lo menos visible: la deformación del potencial humano dentro de las jerarquías de raza, clase, género y sexualidad y con la conformación de historias nacionales que permiten la glorificación y legitimación de la acción militar. (2002, 723)

La definición de militarización de Lutz es total y completa ya que este fenómeno incluye las relaciones discursivas, las materiales y las de poder al servicio de la guerra y la violencia.

Pero la militarización es también una poderosa cultura política que socava la vida diaria, crea particulares nociones de masculinidad, considera la guerra un espectáculo y el miedo como un componente formativo fundamental que vehiculiza una inversión afectiva en lo militar. En otras palabras, las políticas de militarización, con su énfasis en “procesos sociales en los cuales la sociedad se organiza para la violencia y la amenaza que esto implica” (Kraska, 1999, 208), han producido una penetrante cultura de la militarización que, como Kevin Barker (2003, 40) insiste, “inyecta presencia militar constante en nuestras vidas”.

Al mismo tiempo que la cultura de la militarización y de las grandes ganancias domina o intenta eliminar lo democrático, la autorreflexión y el poder de lo colectivo se ven reducidos a la autopromoción y al interés individual, tendencias que se ven legitimadas por un nuevo y despiadado darwinismo social que se difunde diariamente mediante la televisión y que “naturaliza” la disminución de derechos civiles y sociales, la exaltación de la hipermasculinidad y la promoción de la guerra contra todo lo que sea lo mínimo de solidaridad y lucha social de conjunto.

Las políticas financieras globales

Las iniciativas del Consenso de Washington IV⁴, aplicadas tanto en nuestro país como en el extranjero y motivadas por una creencia evangélica en la democracia del libre mercado, han transformado a los EEUU. En los últimos 30 años se ha evidenciado la creciente destrucción del discurso democrático, fundamental para lograr el compromiso público y el bien común (Giroux, 2003). El compromiso cívico hoy aparece impotente frente a las corporaciones que privatizan el espacio público y alejan el poder de cuestiones como la equidad, la justicia social y la responsabilidad civil. Las inversiones financieras, las identidades del mercado y los valores comerciales son más importantes que las necesidades humanas, las responsabilidades públicas y las relaciones democráticas (Martin, 2002). Alejado del marco de la democracia, el neoliberalismo ha permitido a intereses privados controlar tantos aspectos de la vida social como sea posible para maximizar su beneficio personal (Chomsky, 1999).

Fronteras afuera, las políticas globales del neoliberalismo han permitido realizar acuerdos rapaces de libre comercio y expandir los intereses financieros y comerciales occidentales a través de las políticas de mano dura del Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio y el Fondo Monetario Internacional (FMI). De esta manera, se ha transferido riqueza de los países más pobres y menos desarrollados a las naciones más ricas y poderosas y a las opulentas corporaciones defensoras del capitalismo.

Los países periféricos y semiperiféricos de América latina, África y Asia se han convertido en estados clientelares de las naciones poderosas lideradas por los Estados Unidos. Los préstamos realizados por bancos y otras instituciones financieras a estos estados han producido severas distorsiones en los programas de salud,

⁴. El llamado *Consenso de Washington* es una expresión que se acuñó en 1989. El economista jefe del Instituto para la Economía Internacional John Williamson lo presentó por primera vez en una conferencia (ante un Comité del Congreso de los EEUU) en la que se estudió el fracaso de la economía de los años 50 en América latina, o sea, la aplicación del modelo del Estado benefactor, el fracaso de las políticas de desarrollo y el crecimiento de la deuda de los países periféricos. Tomando como base investigaciones propias e informes de las instituciones de control y crédito (OECD, FMI, Banco Mundial, etc.), Williamson construyó este “consenso” que consiste en políticas que orientaron las transformaciones económicas en los 80 tardíos y luego en los 90 en nuestra región.

Estas políticas son: disciplina fiscal, reordenamiento del gasto público, reforma tributaria, liberalización de las tasas de interés, valor competitivo de la moneda local, liberalización del comercio, privatizaciones, desregulación de la economía, derecho de propiedad en la economía informal. El autor del concepto considera que estas medidas debieron llamarse *Convergencia Universal* [sic]. También confiesa que algunos objetaron el nombre de Consenso de Washington por su sentido imperial, tal vez adecuado en 1989 en que el mundo estaba empezando a dejar de ser bipolar. Debe recordarse que el muro de Berlín cayó en ese año. La aplicación de las políticas del Consenso de Washington llevó a los países que las implementaron al derrumbe que se conoce bien en la Argentina. La bibliografía consultada revela que los países que abandonaron las políticas del Consenso crecieron y mejoraron la distribución de la riqueza. [N. de T.]

educación y leyes de protección del trabajo (Aronowitz y Gautney, 2003, 16). Por ejemplo, las condiciones llamadas eufemísticamente “programas de ajuste estructural” que pone el FMI y el Banco Mundial para dar préstamos a los países pobres no sólo los someten a restricciones económicas, sino que también limitan seriamente su posibilidad de construir democracias sustantivas ya que producen procesos de brutal desigualdad.

El resultado ha sido desastroso, hecho que se observa en el colapso económico de países como la Argentina y Nigeria y en la evidencia de que un tercio de la fuerza de trabajo mundial –más de un billón de personas– está desempleada o subocupada (Aronowitz, 2003, 30).

En los Estados Unidos, las políticas neoliberales han creado un descomunal déficit proyectado en 5 trillones de dólares para la próxima década debido, en parte, al exorbitante recorte de impuestos de la presidencia Bush a favor de las clases acomodadas. Mientras que los ricos han obtenido recortes de impuestos, 8,2 millones de personas están sin trabajo y 2,3 millones lo han perdido desde el año 2000. Estas y otras medidas han creado una brecha muy importante entre ricos y pobres, la más grande desde el año 1929, y representa la mayor tasa de desigualdad entre los países desarrollados (Woodard, 2004).

El neoliberalismo y los jóvenes

El neoliberalismo ha sido particularmente duro para los jóvenes. Las tasas de encarcelamiento se han ido a las nubes en el caso de los jóvenes negros y morenos que han sido la población-objeto de la actual guerra contra el crimen en los EEUU.

En todos los indicadores, desde el cuidado de la salud a las oportunidades laborales y el logro de una educación apropiada, los jóvenes de color han sido mucho menos considerados que los blancos. Sin embargo, todos los jóvenes, excepto algunos privilegiados por clase y origen, sienten que viven en un sistema socioeconómico que ya no los ve como una inversión a futuro. Por ejemplo, como subraya Anya Kamenetz (2004):

Los americanos entre 19 y 29 años están hoy el doble de desprotegidos que los niños o los adultos mayores. [...] La tasa de desempleo para los de 16 a 24 años fue del 16,1% en febrero de 2004 versus el 6% de la población en su conjunto. Entre 2000 y 2002, alrededor de 900.000 personas en este grupo etario quedaron fuera del circuito laboral; 6 millones de ellos no están en instituciones educativas, ni trabajando ni en las fuerzas armadas. Según algunas mediciones, la tasa de desempleo de ese grupo etario es más del 80%.

Para los estudiantes que no pueden encontrar trabajo o deciden ir directamente a la universidad, los aranceles han aumentado en la pasada década –más de un 47% en las carreras de cuatro años dictadas en instituciones públicas–. Este hecho impide que muchos jóvenes de clase media trabajadora puedan continuar estudios superiores y aquellos que lo hacen contraen importantes deudas que deben pagar al graduarse. Además, la enorme deuda interna será una pesada carga para esta generación de jóvenes y dejará muy poco dinero para atender necesidades como educación, salud, medio ambiente y otros temas cruciales. Más aún, como parte del actual esfuerzo para destruir los programas que atienden los derechos de las personas, la administración Bush ha reducido los servicios a cargo del gobierno, los ingresos salariales; implementó

recortes en el cuidado de la salud, beneficios para los veteranos de guerra y eliminó los fondos para la niñez y la vivienda. Todas esas políticas tienen un efecto paralizante en los jóvenes, desalentando no sólo la esperanza por un futuro mejor, sino la supervivencia en el presente. La juventud se ve hoy como una carga nacional, más despreciada y temida que querida y protegida.

La destrucción del Estado benefactor ha ido mano a mano con el crecimiento de la industria de las cárceles y al establecimiento de una nueva situación utilizada para controlar, regular, contener y castigar aquellos que no son privilegiados por los beneficios de clase, color o género al que pertenecen (Cole, 1999).

Consecuencias socio-culturales del neoliberalismo

Para el neoliberalismo, la esencia de la democracia es el lucro y su definición de ciudadanía es la de zambullirse en el consumo. Desde esta perspectiva se eliminan las regulaciones de las fuerzas del mercado, se celebra el despiadado individualismo competitivo y se deja a las instituciones sociales, políticas, culturales y económicas en manos de intereses corporativos poderosos, de los más privilegiados de la sociedad y de los más irredentos fanáticos religiosos (Peters y Fitzsimons, 2001).

Aún más, las políticas neoliberales globales fortalecen el amplio proyecto cultural de privatizar todo servicio social apelando a “la responsabilidad de las personas cuando las funciones del Estado se achican, se cortan los costos impositivos y salariales en el campo económico y se cargan más costos sociales sobre la sociedad civil y las familias” (Duggan, 2003, 16).

Como ya he mencionado, aunque vale la pena repetirlo, el caudal de sufrimiento humano que provoca este modelo atraviesa todo el ordenamiento social ya que aumenta el costo del cuidado de la salud. Por ejemplo, uno de cada cinco niños se halla por debajo de la línea de pobreza y 43 millones de norteamericanos pagan el costo de no contar con seguros de salud. Como parte de este proyecto cultural diseñado bajo el neoliberalismo, la miseria humana es definida como resultado de elecciones individuales y la desgracia personal se visualiza como la base de los problemas de criminalidad. A los niños con mala conducta hoy se les colocan esposas y se los lleva a las comisarías simplemente por violar códigos de vestimenta. Las madres drogadictas corren el riesgo de que la policía les saque a sus hijos. Los varones jóvenes, negros, pobres y desempleados son *marcados* por el sistema de justicia criminal y, en lugar de ser educados para aprender a trabajar y conseguir un empleo, muy a menudo terminan en la cárcel. Un informe de la organización Unidos por una Economía Justa señala: “Uno de cada tres varones negros nacidos en 2001 será encarcelado alguna vez en su vida si continúa este modelo económico social, [...] en 2000 hubo, en por lo menos 13 estados de los EEUU, más africanos-americanos en prisión que en la universidad” (Muhammad y otros, 2004, 20-21).

Cuando estos jóvenes son excarcelados, se los confina en un purgatorio civil en el cual “se les niega el derecho a votar, sus derechos como padres, los registros de conductor, los préstamos para estudiar y la posibilidad de vivir en viviendas públicas –la única vivienda que los marginales, personas desempleadas, pueden pagar–” (Staples, 2004, 7).

Según lo estipulado en la reforma de la Ley de Bienestar de 1996, si alguien fue encarcelado por delitos menores, cuando es liberado se lo castiga de por vida ya que no puede aspirar a bonos de alimentos o a cualquier beneficio social. Esas políticas no son sólo injustas, sino también moralmente reprobables. Se trata de síntomas de una sociedad que ha relegado las cuestiones de igualdad y justicia racial al caldero de las últimas cuestiones a tratar.

En una sociedad de mercado atrapada en el “ciclo de la codicia” (Cassidy, 2002), mantener situaciones de injusticia permite seguir acumulando capital, y la revolución neoconservadora y neoliberal apunta a la transformación de un Estado que beneficie a una sola parte de la sociedad.

En el discurso neoliberal, la democracia es un sinónimo de *libre mercado* mientras que cuestiones como la igualdad, la justicia racial y la libertad son vaciadas de contenido y usadas para descalificar a quienes sufren miseria sistemática o castigo crónico.

El neoliberalismo en el discurso público

La pobreza individual, así como la democracia misma, se ven como fenómenos que debieran ser ignorados. Los medios masivos, consolidados por el poder corporativo, cotidianamente proveen una plataforma a los formadores de opinión de derecha y de alto perfil y a los políticos que nos recuerdan cuán degenerados se han vuelto los pobres. También nos insisten y nos refuerzan el catecismo neoliberal que dice que todos los problemas humanos son privados e individuales más que sociales o estructurales en su naturaleza.

La columnista conservadora Ann Coulter captura lo dicho anteriormente con su comentario de que “en lugar de gente pobre con esperanza y posibilidades de cambio, ahora tenemos una subclase permanente compuesta de aspirantes a criminales acuchillándose unos a otros mientras tienen hijos ilegítimos y recolectan subsidios estatales” (Bean, 2003).

El comentarista radial Michael Savage es otro caso que ilustra este tipo de personajes. Invitado a un *talk show*, presenta su racismo de manera descarada y un fanatismo que emerge bajo el régimen neoliberal en el que la ética y la justicia aparecen fuera de toda consideración. Por ejemplo, se refiere constantemente a los países no-blancos como “naciones de desecho”⁵, a la “homosexualidad como una perversión” y a los adolescentes víctimas del *gatillo fácil* como “barro de ghetto” (Savage, 2004). Como dice Frederic Jameson en su libro *Las semillas del tiempo*, hoy es más fácil pensar en el fin del mundo que en el fin del capitalismo (1994, 12).

Los problemas que han surgido de la aplicación del modelo neoliberal –virulenta y persistente pobreza, desempleo, descuido de la salud, *apartheid* racial en las barriadas populares de las grandes ciudades y creciente desigualdad entre ricos y pobres– han desaparecido del inventario del discurso público. Cuando aparecen, se tratan en espectáculos mediáticos del tipo *talk shows*, en los cuales se monta un escenario en el que se ventilan cuestiones emocionales privadas. Una vez que este discurso se ha instalado en la imaginación de la gente, no hay manera de hablar acerca de lo que es fundamental para la vida cívica, la

⁵ El original en inglés utiliza una expresión muy ruda que alude a los desechos como excrementos. [N. de T.]

ciudadanía crítica y la democracia sustantiva. El neoliberalismo no tiene vocabulario crítico que permita hablar acerca de transformaciones económicas y políticas en un proyecto realmente democrático. No tiene discurso para referirse al compromiso público o a la forma de luchar contra la ideología del corporativismo y sus consecuencias sociales. En su dudosa apelación a leyes universales, a la neutralidad y a estudios científicos seleccionados cuidadosamente, el neoliberalismo elimina “la misma posibilidad de ejercicio del juicio crítico, sin el cual el debate democrático se torna imposible” (Buck-Morss, 2003, 65-66).

Este cambio profundo en la retórica ha hecho viable aplicar las más despiadadas políticas económicas y sociales sin haber puesto estas cuestiones en manos del debate público y el diálogo. Por esta razón el programa neoliberal ha promovido la reducción agresiva de los puestos de trabajo, el desangre de los servicios sociales, la reducción de la presencia del Estado en los servicios de vigilancia locales, la actual liquidación de los seguros de trabajo, la creciente eliminación de salarios dignos, la creación de una sociedad de trabajadores de baja calificación y la construcción de una cultura de permanente inseguridad y miedo. Estos conceptos apelan al sentido común y se presentan como inmutables leyes naturales. Cuando (y donde) esta ideología estrecha la razón y la imaginación, la fe religiosa es invocada para silenciar el disenso.

La sociedad no está más defendida como el espacio en el que crecen los valores y las relaciones imprescindibles para la vida democrática. Por el contrario, la sociedad ha sido invadida por una atmósfera política e ideológica “donde el fundamentalismo religioso va junto con el fundamentalismo de mercado y forman la ideología de la supremacía norteamericana” (Soros, 2004, 10). Al mismo tiempo, las ambiciones imperiales de los EEUU están ahora legitimadas por intelectuales de las relaciones públicas como parte del proyecto de construcción del imperio, que se califica a veces como proceso civilizatorio para el resto del mundo o simplemente como un derecho que se otorga a los poderosos. Por ejemplo, Ann Coulter, ha hablado por muchos de esos intelectuales cuando dijo recientemente, en la Universidad Estatal de Pennsylvania, que a ella no le molestaba la idea de que EEUU invadiera Irak para quedarse con su petróleo: “¿Por qué no ir a la guerra sólo por petróleo? Necesitamos ese petróleo. Por supuesto, consumimos la mayor parte del petróleo del mundo pero también producimos la mayor parte de la riqueza del mundo” (Colella, 2004, 1).

Por lo tanto, no es sorprendente que los neoconservadores se hayan unido a los liberales y a los fundamentalistas religiosos y hayan transmitido mediáticamente al mundo una Norteamérica triunfalista que se ha definido como “el más grande de todos los grandes poderes en la historia del mundo” (Frum y Pearle, 2004, 8).

Pero el dinero, las ganancias y el miedo se han constituido en elementos ideológicos no sólo para abrir nuevos mercados en el mundo, sino también para clausurar el disenso en el país. En esta situación, el “Estado policial” es celebrado por los evangelistas religiosos como John Ashcroft, como la condición para la libertad humana. Esto se expresa institucionalmente en la aprobación de leyes represivas como la Ley Patriótica⁶, así

⁶ La Ley Patriótica es una ley antiterrorista que amplía las funciones del fbi. Fue sancionada en octubre de 2001, apresuradamente y sin debate previo, por el Congreso de los EEUU (un mes después de la caída de

como también en el trabajo de prominentes neoconservadores de la talla de David Frum y Richard Pearle (2004), quienes, sin ninguna intención de ironizar, insisten en que “una sociedad libre no es una sociedad sin policía. Una sociedad libre es una sociedad policíaca que se autovigila”.

Se trata de una sociedad que puede ser solamente definida como si Adam Smith se uniera a George Orwell en un culto religioso en el escenario de California, donde los mercados se eleven a la categoría de templos sacrosantos en los que se adora el consumo mientras los ciudadanos, vueltos soldados del Ejército de Dios, son urgidos a espiarse unos a otros y el disenso es crecientemente criminalizado (Moyers, 2004).

No sólo la cultura política sino también la política misma han sufrido extraordinarios cambios en las últimas dos décadas, especialmente bajo la administración Bush. Tal como señala Susan George (2004), la cuestión que parece definir la *democracia* para el neoliberalismo es “quién tiene derecho a vivir y quién no”.

El neoliberalismo: ideología y política

El neoliberalismo no es un discurso neutral, técnico o económico que puede ser medido matemáticamente o apelando a reglas de una presunta ciencia indiscutible que tramposamente deja su historia detrás. Tampoco es el parangón de la economía racional que ofrece la mejor “ruta a la óptima eficiencia, crecimiento económico rápido y creciente prosperidad a aquellos dispuestos a trabajar duro y a aprovechar oportunidades” (Kotz, 2003, 16).

Por el contrario, el neoliberalismo es una ideología, una política y, algunas veces, un fanatismo que subordina el arte de la democracia política, a las leyes rapaces de la economía de mercado que se extienden a todos los aspectos de la vida social.

Como pedagogía pública e ideología política el neoliberalismo de Friedrich Hayek (1994) y Milton Friedman (2002) es, por lejos, más despiadado que la teoría liberal clásica desarrollada por Adam Smith y David Ricardo en siglos anteriores.

El neoliberalismo reproduce el futuro en la imagen del pasado lejano y representa una lucha por volver atrás en términos de dismantelar las políticas del *New Deal*. Pierre Bourdieu (1998) define muy atinadamente el neoliberalismo:

las Torres Gemelas en Nueva York, el 11 de Septiembre de 2001). Esta ley permite un intenso y abarcativo espionaje, allanamientos y detenciones, practicados sobre las personas y organizaciones sospechadas de “terrorismo”. Entre otras facultades que facilita esta ley, el gobierno federal puede solicitar a libreros y bibliotecarios la lista de los libros comprados o pedidos en préstamo por determinada persona o qué personas compran o piden ciertos libros; también pueden solicitarse a otras instituciones informes médicos, bancarios, turísticos, etc. También está permitido interceptar llamadas telefónicas, e-mails y navegaciones personales por Internet. Al mismo tiempo, puede arrestarse a cualquier persona sospechosa sin juicio previo y sin permitírsele contar con un abogado defensor. Se trata de un instrumento legal que suprime las libertades individuales y los derechos de la sociedad norteamericana y mediante el uso de mecanismos informáticos globalizados, la libertad del mundo. [N. de T.]

Se trata de una nueva revolución conservadora que apela al progreso, la razón y la ciencia (económica en este caso) para justificar la restauración, tratando de borrar el pensamiento progresista y definir la acción política como arcaica. El neoliberalismo se presenta como la norma para todas las prácticas y, por lo tanto, como reglas ideales. Así, las regularidades de la economía quedan abandonadas a su propia lógica, las llamadas *leyes del mercado*. Se reifica y glorifica el reino de los mercados financieros, en otros términos, se retorna al capitalismo radical sin ninguna otra ley que la maximización del lucro; un capitalismo sin límites y sin disfraces pero racional, llevando la eficacia al límite, introduciendo modernas formas de dominación como las técnicas de administración de empresas y técnicas de manipulación como la investigación de mercado y la publicidad.

Sin embargo, el neoliberalismo hace algo más que hacer del mercado el “principio básico de la política” (Duggan, 2003, 34) que asigna la riqueza y los recursos a los privilegiados por su clase, raza y poder. Está poniendo en juego un universo social y un paisaje cultural que alimenta una noción incivilizada de autoritarismo puesta en acción mediante el poder combinado del fundamentalismo religioso, el fundamentalismo de mercado y las leyes antiterroristas que eliminan las libertades civiles, encarcelan a la población *desechable* y sostienen las fuerzas de seguridad que necesita el capital financiero para destruir todo espacio donde la democracia pueda ser fortalecida.

Al mismo tiempo, el espacio visual y el espacio sonoro se están homogeneizando en forma creciente a través del espectáculo de banderas flameando en cada macetero, automóvil, camión y casa, y con la bravata patriota que trasmite la televisión y la radio. Como forma de cultura política y de dominación económica, el neoliberalismo cuenta una muy limitada historia, una historia que es antitética a la posibilidad de fortalecimiento de las identidades democráticas, los valores, el espacio público y las instituciones, y que posibilita al fascismo crecer, ya que no hay un lenguaje ético que reconozca políticas fuera del reino del mercado, que controle sus excesos o que desafíe la doctrina subyacente que propicia un creciente autoritarismo, tallado en la pretensión de una piedad religiosa.

Alternativas de cambio: reflexión crítica y acción social

El neoliberalismo debe ser entendido y desafiado, al mismo tiempo, como una teoría económica y como una poderosa pedagogía pública y una cultura política. Esto es, debe ser explicitado y entendido críticamente antes de que pueda ser cuestionado. Las formulaciones de sentido común que legitiman la alegada inevitabilidad del neoliberalismo deben ser deconstruidas para luego poder comprometerse con erradicar el daño social que se ha producido en todos los niveles de la existencia humana.

Este reconocimiento requiere identificar y examinar las más evidentes y poderosas ideologías que constituyen y enmarcan al neoliberalismo. Es necesario también que las mentes progresistas hagan de la política cultural y de la pedagogía pública un tema central de la lucha contra el neoliberalismo, particularmente desde que la educación y la cultura juegan un papel muy importante al asegurar el consenso y la producción de riqueza (Peters, 2002). De hecho, esto implica, como insiste Susan Buck-Morss (2003, 103), que “el

reconocimiento de la dominación cultural –así como el reconocimiento de la dominación política y económica– es un verdadero avance en nuestro proceso reflexivo”. Esto no significa desentenderse de las luchas económicas y políticas, sino complementarlas con políticas culturales que conecten el poder simbólico y sus prácticas pedagógicas con las relaciones materiales de poder.

Comprometerse contra la política económica y la cultura política del neoliberalismo también significa analizar cómo estas influyen en la vida cotidiana mediante el lenguaje de las privatizaciones, las formas culturales de clase, raza, género, juventud y etnia.

Por último, este tipo de política debe emplear un lenguaje de crítica y posibilidad, compromiso y esperanza dentro de un programa más amplio que signifique ver a la democracia como un lugar de lucha sobre cuestiones tales como representación, participación y poder compartido.

En la forma en que Alain Touraine (2001, 2) lo expresa, creemos que la globalización neoliberal no ha disuelto “nuestra capacidad para la acción política”. Esa acción depende de la habilidad de diversos grupos dentro y fuera del país –los movimientos por la paz, contra las corporaciones globalizadas, por los derechos humanos, por la defensa del medio ambiente– que deben establecer alianzas con el propósito de que cuestiones como la comunidad y la solidaridad construyan un espacio simbólico común y múltiples esferas públicas donde las normas sean creadas, debatidas y asumidas como parte de una intención de desarrollar un nuevo lenguaje político, una nueva cultura y un nuevo repertorio de relaciones. Esos esfuerzos deben ser entendidos como una forma de defender todos los avances sociales que fortalecen los ámbitos y servicios públicos democráticos, como una forma de exigir nuevos derechos, como una posibilidad de crear modelos de poder compartido, como una forma de fundar nociones de justicia social. Todo esto permitirá imaginar y sostener la democracia a nivel global.

Veamos, por ejemplo, el lema del movimiento antiglobalización “Otro mundo es posible” que demanda, como Alex Callinicos señala, una lógica social diferente, un sentido poderoso de unidad y solidaridad.

Otro mundo basado en otra lógica, que funcione con otras prioridades de las que prevalecen hoy. Es fácil definir las: justicia social, eficiencia económica, cuidado del medio ambiente y democracia. Lo que es difícil es diseñar un sistema social que responda a esos requisitos. Y mucho más es pensar cómo construirlo [...] ¿Cuál es la alternativa al capitalismo? ¿Qué estrategia nos puede llevar a lograrla? Son preguntas que pueden contestarse de diversas formas. Algo que el movimiento anticapitalista debe aprender es a argumentar a través de las diferencias que existen y que probablemente surgirán acerca de esas preguntas, sin socavar el poderoso sentimiento de unidad que el movimiento antiglobalización muestra y que es uno de sus rasgos más atractivos. (2003)

La reflexión de Callinicos señala que cualquier lucha viable contra el neoliberalismo capitalista debe repensar “todo el proyecto político dentro de las actuales condiciones y hacerlo democráticamente, ya que los participantes hablan diferentes lenguajes políticos pero sus propósitos son los mismos: la paz mundial, la justicia económica, la igualdad ante la ley, la participación democrática, la libertad individual y el respeto mutuo” (Buck-Morss, 2003, 4-5).

Una de las tareas fundamentales que enfrentan los intelectuales, los militantes sociales, los educadores y otros que creen en una democracia inclusiva y sustantiva es hacer teoría para repensar el lenguaje y las posibilidades de la política como un camino para imaginar un futuro fuera del poderoso cepo del neoliberalismo y del autoritarismo (que tiene un relato diferente acerca del futuro, que reiventa el pasado con la imagen de tiempos de duro ejercicio del poder y de infinito sufrimiento humano).

La reflexión crítica y la acción social en este discurso deben dar cuenta de cómo la categoría de lo político global debe extender el espacio de la política más allá de lo local. Existen evidencias de este fenómeno en el Foro Social Mundial que tuvo lugar en 2003 en Porto Alegre, Brasil, y en Hyderabad, India, en 2004. Exitosas formas de disenso global pueden verse también en la campaña internacional que busca que las drogas de curación del sida sean accesibles a todos en los países pobres o en las marchas internacionales contra las corporaciones multinacionales en ciudades como Melbourne, Seattle, Génova y Nueva York. Por otra parte, se han dado nuevas alianzas entre intelectuales, estudiantes, sindicalistas y ecologistas en marchas ocurridas en la Argentina, en Palestina y en otros lugares en los que se lucha contra la globalización. Al mismo tiempo, un nuevo lenguaje institucional y de resistencia emerge entre muchos activistas y está siendo transferido a diferentes abordajes conceptuales que hacen lo pedagógico más político dentro del movimiento global que lucha por la justicia.

La política ya no puede excluir cuestiones que hacen a los aprendizajes sociales y culturales y a la reproducción en el contexto de la globalización. Como señala Imre Szeman (2002, 4), la globalización en sí misma constituye “un problema de la pedagogía y para la pedagogía”.

El lema “Otro mundo es posible” refuerza la clara percepción de que uno no puede actuar de otra manera si no piensa de otra manera. Pero actuar de otra manera requiere una nueva política que reconozca que los problemas globales requieren soluciones globales que utilicen las instituciones globales y las formas globales de disenso, que demanda la colaboración de los intelectuales y de los movimientos sociales globales.

Traducción de Elvira Romera

Bibliografía

- Aronowitz, Stanley, *How class works: Power and social movement*. New Haven, Yale University Press, 2003.
- Aronowitz, Stanley y Gautney, Heather, "The debate about globalization: An introduction" en Aronowitz y Gautney (ed.) *Implicating empire: Globalization and resistance in the 21st century world order*. New York, Basic Books, 2003.
- Bauman, Zygmunt, *Globalization: The human consequences*. New York, Columbia University Press, 1998.
- Baker, Kevin, "We're in the army now: The G.O.P.'s plan to militarize our culture" en *Harper's Magazine*, octubre de 2003.
- Bean, Kellie, "Coulter's right-wing drag" en *The Free Press*, 29 de octubre de 2003. [www.freepress.org, sitio consultado el 24 de abril de 2004].
- Bennett, William J., *Why we fight: Moral clarity and the war on terrorism*. New York, Regnery, 2003.
- Bourdieu, Pierre, *Acts of resistance: Against the tyranny of the market*. New York, Free Press, 1998.
- Buck-Morss, Susan, *Thinking past terror: Islamism and critical theory on the left*. London, Verso, 2003.
- Callinicos, Alex, "The anti-capitalist movement after Genoa and New York" en Aronowitz, Stanley y Gautney, Heather (ed.) *Implicating empire: Globalization and resistance in the 21st century world order*. New York, Basic Books, 2003.
- Cassidy, Joh, "The greed cycle: How the financial system encouraged corporations to go crazy" en *The New Yorker*. New York, 23 de setiembre de 2002.
- Chomsky, Noam, *Profits over people: Neoliberalism and global order*. New York, Seven Stories Press, 1999.
- Cole, David, *No equal justice: Race and class in the American criminal justice system*. New York, The New Press, 1999.
- Colella, Kristin, "Coulter uses humor, sarcasm in speech" en *The Collegian*, 16 de abril de 2004.
- Collins, Chuck; Hartman, Chris; Kraut, Karen; Mota Gloribell, "Shifty tax cuts: How they move the tax burden off the rich and onto everyone else" en *United For a Fair Economy*, April 20, 2004. [www.faireconomy.org, sitio consultado el 24 de abril de 2004].
- Duggan, Lisa, *The twilight of equality? Neoliberalism, cultural politics, and the attack on democracy*. Boston, Beacon Press, 2003.
- fair, "Action alert: GE, microsoft bring bigotry to life, hate-talk host Michael Savage hired by msnbc" en fair: *Fairness and Accuracy in Reporting*, 12 febrero de 2003. [www.fair.org, sitio consultado el 24 de abril de 2004].
- Farah, Joseph, *Taking America back*. New York, wnd Books, 2003.
- Friedman, Milton, *Capitalism and freedom*. Chicago, University of Chicago Press, 2002.
- George, Susan, "A short history of neo-liberalism: Twenty years of elite economics and emerging opportunities for structural change" (Conference on Economic Sovereignty in a Globalizing World, March 24-26, 1999) en *Global Exchange* 9 de junio de 2003. [www.globalexchange.org, sitio consultado el 24 de abril de 2004].
- Giroux, Henry, "Public spaces, private lives: Democracy beyond 9/11" en Lanham: Rowman and Littlefield, 2003.
- — —, *The abandoned generation: Democracy beyond the culture of fear*. New York, Palgrave, 2004.

- Gonsalves, Sean, "How to skin a rabbit", en *The Cape Cod Times*. 20 de abril de 2004. [www.commondreams.org, sitio consultado el 24 de abril de 2004].
- Harding, James, "Globalization's children strike back" en *Financial Times*. Londres, 11 de setiembre de 2001. [www.specials.ft.com, sitio consultado el 24 de abril de 2004].
- Hayek, F.A., *The road to serfdom*. Chicago, University of Chicago Press, 1994.
- Henwood, Doug, *After the new economy*. New York, The New Press, 2003.
- Jameson, Fredric, *The seed of time*. New York, Columbia University Press, 1994.
- Kotz, Deborah, "Neoliberalism and the U.S. economic expansion of the '90s", en *Monthly Review*, 15 de abril de 2003.
- Kraska, Peter B., "Militarizing criminal justice: Exploring the possibilities", en *Journal of Political and Military Sociology*, n° 27 invierno de 1999.
- Lapham, Lewis H., "Dar al-harb", en *Harper's Magazine*, marzo de 2004.
- — —, "Buffalo dances", en *Harper's Magazine*, mayo de 2004.
- Lewis, Anthony, "Taking our liberties", en *The New York Times*. New York, 9 de agosto de 2002.
- Leys, Colin, *Market driven politics*. London, Verso, 2001.
- Lutz, Catherine, "Making war at home in the United States: Militarization and the current crisis", en *American Anthropologist* n° 104, 2002.
- Malkin, Michéle, *Invasion: How America still welcomes terrorists, criminals, and other foreign menaces to our shores*. New York, Regnery Publishing, 2002.
- Martin, Randy, *Financialization of daily life*. Philadelphia, Temple University Press, 2002.
- Moberg, David, "Plunder and profit", en *These Times*, 29 de marzo de 2004.
- Moyers, Bill, "Going undercover/criminalizing dissent", en *now*, 5 de marzo de 2004.
- Muhammad, D.; Davis, A.; Leondar-Wright, B., *The State of the Dream 2004: Enduring Disparities in Black and White*. Boston, United for a Fair Economy, 2004. *Multinational Monitor*, setiembre de 2001.
- Peters, Michael A., "Foucault and governmentality: Understanding the neoliberal paradigm of education policy", en *The School Field XII* n°5/6, 2002.
- Peters, Michael A. y Fitzsimons, Patrick, "Neoliberalism and social capital: Re-inventing community" en *Sites: A Journal for South Pacific Cultural Studies* 37, 2001.
- Soros, George, *The bubble of American supremacy*. New York, Public Affairs, 2004.
- Staples, Brent, "Growing up in the visiting room", en *The New York Times Book Review*. New York, 21 de marzo de 2004.
- Szeman, Imre, "Introduction: Learning to learn from seattle" en *Review of Education, Pedagogy, and Cultural Studies*, 24:1 2002.
- Tabb, William, "Race to the bottom?", en Aronowitz, Stanley y Gautney, Heather (ed.) *Implicating empire: Globalization and resistance in the 21st century world order*. New York, Basic Books, 2003.
- Talvi, Silja J. A., "The craze of incarceration", en *The Progressive*. Mayo de 2001.
- Touraine, Alain, *Beyond neoliberalism*. London, Polity Press, 2001.

Valentine, Douglas, "Homeland insecurity", en *Counterpunch*. 8 de noviembre de 2001. [www.counterpunch.org, sitio consultado el 24 de abril de 2004].

Woodard, Cheryl, "Who Really Pays Taxes in America? Taxes and Politics in 2004." *AskQuestions.org*. 15 de abril de 2004. [www.askquestions.org, sitio consultado el 24 de abril de 2004].

* Pedagogo. Ha sido profesor en las universidades de Pennsylvania, Miami, Tufts y Boston, entre otras. Actualmente ejerce la docencia en Canadá. Ha publicado numerosos libros y artículos sobre pedagogía, cultura y política educativa. Entre ellos, *Cruzando límites: trabajadores culturales y políticas educativas* obtuvo en 1995 el premio Gustav Myers como uno de los mejores libros sobre derechos humanos en los Estados Unidos.